

LA ODISEA EN LA ODISEA: ¿CÓMO MURIÓ LAERTES?

Miguel Castillo Didier
Universidad de Chile

Resumen: Kazantzakis en su *Odisea* da a Laertes la muerte que no le dio Homero. La relación de Ulises con su padre en el poema contemporáneo es ambigua. Por una parte, no asistimos a un reconocimiento emocionado y afectuoso, como la *anagnórisis* en la obra homérica. Laertes y Ulises no hablan entre ellos. El hijo hasta siente disgusto por la vejez y enfermedad del padre. Pero, contradictoriamente es muy afectado por la muerte del anciano. En el poema, hallamos dos largos y bellos pasajes sobre el anciano: el sueño de Laertes en su jardín, recostado sobre la tierra; y su muerte, también abrazado a la tierra, rodeado de sus queridos árboles, animales y aves. Lo que identifica al personaje del poema moderno con el Laertes homérico es precisamente el hecho de que éste es un hombre de la naturaleza, del campo.

Palabras claves: Odiseo, Laertes, Itaca, jardín, sueño, muerte.

THE ODYSSEY IN THE ODYSSEY: ¿HOW DID LAERTES DIE?

Abstract: In his *Odyssey*, Kazantzakis gives Laertes the death which Homer did not. The relation of Ulysses with his father is ambiguous. On one side, we do not witness a moving and affectionate recognition, such as the *anagnorisis* in the Homeric work. Laertes and Ulysses do not speak to each other. The son even feels annoyance at the old age and illness of the father. Contradictorily, however, he is deeply affected by the old man's death. In the poem we find two long and beautiful passages where the old man appears: Laertes' dream in his garden, lying on the ground, and his death, also embraced to the soil, surrounded by his beloved trees, animals and birds. The feature which identifies the character in the modern poem with Homer's Laertes is precisely the fact that he is a man linked to nature, to the countryside.

Key words: Ulysses, Laertes, Ithaca, garden, dream, death.

Recibido: 4.01.06 – **Aceptado:** 16.03.06

Correspondencia: Miguel Castillo Didier (micastil@uchile.cl) Director del Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Dirección postal: San Francisco 1141, Santiago de Chile.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

La relación con Ulises con su padre presenta algún aspecto contradictorio. Pero en definitiva, aunque muy lejana de la tierna y hermosa relación entre hijo y progenitor, de que nos da cuenta Homero, la muerte de éste provoca en Odiseo un hondo dolor, lo que nos reconcilia con el Ulises homérico. Y sólo será después de haber enterrado a su padre y de haber cumplido piadosamente los debidos ritos, cuando se sienta libre para partir nuevamente.

Odiseo no trata tiernamente a Laertes en el breve espacio de tiempo que va desde el retorno de aquél hasta la muerte del anciano. Pero el poeta sí lo hace. Kazantzakis da a Laertes la muerte que no le dio Homero. Y dos de las bellas escenas de la nueva *Odisea* se relacionan con el fin del viejo padre.

Si el bien el menosprecio levemente compasivo que muestra Ulises hacia su deteriorado progenitor, está en abierta contradicción con la imagen de amor filial que nos entrega Homero, hay un elemento de identificación esencial entre la personalidad del anciano padre en uno y otro poeta. Laertes es un campesino, un hombre de la naturaleza. Y Kazantzakis lo hace morir abrazado a la tierra, entre sus plantas, sus animales y las avechillas del campo.

Recordemos brevemente los pasajes homéricos relativos al padre del héroe. Anotemos antes el pensamiento de Jacqueline de Romilly, quien destaca el hecho de que los personajes de Homero se hallan muy cerca de los hombres comunes y corrientes¹. El poeta insiste en aquello que provoca en el lector compasión, simpatía, emoción. Es la nota de verdadera humanidad, lo que ha significado la creación de personajes tan humanos que podemos sentirnos a nosotros mismos reflejados en ellos: Andrómaca, Penélope, Héctor, Aquiles, Laertes, el mismo Ulises en su aspecto más importante: el anhelo de volver a la patria y al hogar.

En Esparta, frente a Telémaco y antes de reconocerlo, Menelao, luego de aludir a sus peripecias en el regreso desde Troya, menciona a los que esperan a Odiseo, el único combatiente de quien no tienen noticias: “Seguramente le lloran el anciano Laertes, la discreta Penélope y Telémaco, a quien dejó en su casa recién nacido”².

La sombra de Anticlea, la madre de Odiseo, que murió de tristeza por la ausencia de éste, informa a su hijo sobre la situación de Laertes: “Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas: sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras; y no bien llega el verano y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas secas donde yace afligido y acrecienta sus penas anhelando tu regreso, demás de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado”³.

¹ J. De Romilly: “Homero y la poesía oral. El nacimiento de una literatura”, en op. cit., p. 32. Ver también p. 36.

² *Odisea H*, IV, 110-112.

³ *Ibíd.*, XI, 186-196

El porquerizo Eumeo, antes que Odiseo le revele su identidad, cuando éste le pregunta por sus progenitores, le informa que el padre vive, mientras que su madre ha muerto de pesar: “Laertes vive aún y en su morada ruega continuamente a Zeus que el alma se le separe de los miembros; porque padece de grandísimo dolor por la ausencia de su hijo y por el fallecimiento de su legítima y prudente esposa, que le llenó de tristeza y le ha anticipado la senectud”⁴.

Por Telémaco tenemos otra noticia sobre Laertes y se relaciona con su soledad, pues no tiene hermanos ni, por lo tanto, cuñadas ni sobrinos: “El Cronión hizo que fueran siempre unigénitos los de mi linaje. Arcesio engendró a Laertes, su hijo único; éste no engendró más que a mi padre Odiseo; y Odiseo, después de haberme engendrado a mí, dejéme en el palacio y no disfrutó de mi compañía”⁵.

Cuando Telémaco le ordena a Eumeo que vaya a comunicarle a su madre que ha llegado sano y salvo de Pilos, el fiel servidor le pregunta si pasa también a avisarle al abuelo: “Dime con sinceridad si iré de camino a participárselo al infortunado Laertes; el cual, aunque pasaba gran pena por la ausencia de Odiseo, iba a vigilar las labores y dentro de su casa comía y bebía con los siervos cuando su ánimo se lo aconsejaba; pero dicen que ahora, desde que te fuiste en la nave a Pilos, no come ni bebe como acostumbraba, ni vigila las labores, antes está sollozando y lamentándose, y la piel se le seca en torno a los huesos”⁶.

Vemos, pues, que el viaje de Telémaco y su incierto regreso agrega nueva tristeza y angustia al anciano. El joven dispone que luego de informada Penélope de su regreso, envíe ésta a la despensera a darle la noticia al abuelo.

Todas estas referencias a Laertes se entienden conocidas por el lector de la *Odisea* de Kazantzakis⁷. No así aquellas que aparecen más allá del verso 477 de la rapsodia XXII. Pero las conocía Kazantzakis y, de hecho, todos las conocemos. Es más, en éstas, precisamente, el personaje es presentado como un hombre del campo, un hombre de la naturaleza. Y es ese elemento el fundamental en la caracterización que el poeta cretense hace de Laertes a través de las escenas del último sueño del anciano y de su muerte en las rapsodias I y II de su nueva *Odisea*.

Por eso, aunque los versos finales de la rapsodia XXII y los dos últimos cantos completos, con todo lo que en ellos sucede, están excluidos del nuevo poema, nos salimos de éste para incursionar en aquellos territorios textuales postreros de la *Odisea* homérica.

Luego de la *anagnórisis* de Odiseo y Penélope después de haber pasado la pareja una noche que Atenea alargó para ellos y de haber disfrutado “del deseable

⁴ Ibídem, XV, 353-357.

⁵ Ibídem, XVI, 116-120.

⁶ Ibídem, XVI, 137-146.

⁷ En la rapsodia I, 188-193 de *la Odisea* H, hay una referencia, aunque no muy clara, a la calidad campesina de Laertes, por parte de Atenea, que en figura de Mentos habla a Telémaco: “[...] como se lo puedes preguntar al héroe Laertes, el cual [...] mora en el campo, atormentale los pesares, y tiene una anciana esclava que le aparece la comida y le da de beber cuando se le cansan los miembros de arrastrarse por la fértil viña”.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

amor”, los esposos entregáronse “al deleite de la conversación”. Ambos se cuentan abreviadamente sus penurias. Finalmente, Odiseo se refiere a las tareas que les aguardan y enseguida anuncia: “Ahora me iré al campo lleno de árboles, a ver a mi padre que tan afligido está por mí”⁸.

El poeta reservó para el final el reconocimiento entre padre e hijo, en una bella y emocionante escena. “Odiseo y los suyos, descendiendo de la ciudad, llegaron muy pronto al bonito y bien cultivado predio de Laertes, que éste compró en otra época después de pasar muchas fatigas”⁹. En el “bien cultivado” huerto, Ulises ve a su padre “abrumado por la vejez, y con tan grande dolor allá en su espíritu, se detuvo al pie de un alto peral y le saltaron las lágrimas”. Odiseo vacila si darse o no a conocer de inmediato. Pero decide primero probar a su progenitor. Alaba su campo bien cultivado, pero critica su vestir pobre y descuidado: “No te falta pericia para cultivar un huerto, pues en éste se halla todo muy bien cuidado y no se ve planta alguna, ni higuera, ni vid, ni olivo, ni peral, ni cuadro de legumbres que no lo esté de igual manera”¹⁰. Pero observa que “no sólo te agobia la triste vejez, sino que estás sucio y mal vestido”. Y luego le refiere de que en su patria hospedó una vez a un extranjero que dijo que su padre era Laertes Arcesíada. Laertes lo interroga con palabras desgarradoras: “¿Cuántos años ha que acogiste a ese tu infeliz huésped, a mi hijo infortunado, si todo no ha sido un sueño? Alejado de sus amigos en el continente y de su tierra patria, o se lo comieron los peces en el ponto, o fue pasto, en el continente, de las fieras y de las aves: y ni su madre lo amortajó, llorándole conmigo, que lo engendramos; ni su rica mujer, la discreta Penélope, gimió sobre el lecho fúnebre de su marido, como era justo, ni le cerró los ojos”¹¹.

Cuando Odiseo termina su falso relato, “negra nube de pesar envolvió a Laertes, que tomó ceniza con ambas manos y echóla sobre su cabeza cana, suspirando muy gravemente”. Es entonces cuando Odiseo no puede ya ocultar su emoción y descubre su identidad: “Yo soy, oh padre, ese mismo por quien preguntas, que tornó en el vigésimo año a la patria tierra. Pero cesen tu llanto, tus sollozos y tus lágrimas”.

Cuando Laertes pide una señal que lo convenza de la verdad de las palabras del hasta entonces para él un forastero, éste le da dos pruebas. Una es la cicatriz que le hizo en una pierna un jabalí que cazó en su adolescencia, en el monte Parnaso. La otra es la enumeración de los árboles que su padre le había regalado cuando él era sólo un niño: trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras, cincuenta filas de vides.

Es verdad que el anciano irá luego a la ciudad acompañando al hijo y recuperará el sitio social que le correspondía como padre del rey¹². Pero este *anagnorismós*, este último reconocimiento, sitúa a Laertes en el marco de la

⁸ *Ibidem*, XXIII, 359-360.

⁹ *Ibidem*, XXIV, 205-207.

¹⁰ *Ibidem*, XXIV, 244-246.

¹¹ *Ibidem*, XIV, 288-296.

¹² Susana Reboreda Morillo: “Odiseo: el héroe peculiar”, en J. C. Bermejo, F. J. González y S. Reboreda: *Los orígenes de la mitología griega*. Ediciones Akal, Madrid, 1996, p. 409.

naturaleza: “Ya no estamos en el interior del palacio, ni en el espacioso salón donde las personas se reúnen en gran número para festejar, escuchar el canto del aedo, conversar y discutir; hemos salido de las proezas guerreras, de los derramamientos de sangre, de la vida heroica, de las expediciones a países remotos. En contrapunto, como un paréntesis bucólico, hemos aquí en la soledad de un jardín cuidadosamente mantenido, con sus filas de cepas y el amplio abanico de sus árboles frutales. Esta otra cara de la vida en Itaca, agrícola, apacible y no ya violenta, se coloca bajo el signo de la vejez y de la primera infancia. Frente a Telémaco, Ulises, para hacerse reconocer, se ponía en la posición del padre que pretende que lo obedezcan. Ante Laertes, en ese marco de dulzura agreste, recupera sus primeros años, cuando aprendía, dócil y bajo la férula de su padre, a conocer los nombres de las plantas, a labrar, plantar, cuidar, hacer crecer y prosperar los productos de la tierra”¹³.

Henderson destaca también el que Homero no sitúe la escena en otro de los variados lugares de la isla: “Hemos sido conducidos al huerto; no a la hacienda, no al palacio, no simplemente a la isla, para el reconocimiento del padre y del hijo”¹⁴.

Sin duda, para Kazantzakis, la escena de la *anagnórisis* en Homero es la que orienta su tratamiento del personaje. Laertes no muere en la *Odisea* antigua. Antes bien, recupera por obra divina su vigor y apostura. En la nueva *Odisea*, el descuido y ruina física en que lo halla su hijo preludian el rápido final. Morirá, pues, el anciano de las pocas palabras, el que habla cinco veces en Homero y dos en Kazantzakis. En la nueva *Odisea* habla una vez a la tierra y otra a sus árboles¹⁵.

Padre e hijo no cruzan palabras entre ellos. Al enterrar a su progenitor, Odiseo gritará tres veces el nombre de su padre frente al sepulcro. Serán sus únicas palabras. Y el nombre no aparece en ese pasaje. Solamente se relata que Ulises gritó su nombre.

¹³ Françoise Frontisi-Ducaux y Jean-Pierre Vernant: “En el espejo de Penélope”, en *En el ojo del espejo*. Trad. Horacio Pons, F. C. E., Buenos Aires, 1999, pp. 203-204. Verdad es que Laertes había sido rey y había tenido alguna actuación guerrera exitosa. En un momento, cuando él mismo plantea la necesidad de prepararse para enfrentar la reacción de los itacenses parientes de los pretendientes, recuerda aquellos años, que ahora desearía revivir para haber podido combatir con vigor a los insolentes jóvenes: “Ojalá me hallase, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, como cuando reinaba sobre los cefalenos y tomé a Nérico, ciudad bien construida, allá en la punta del continente: si, siendo tal, me hubiera hallado ayer en nuestra casa, con los hombros cubiertos por la armadura, a tu lado y rechazando a los pretendientes, yo les quebrara a muchos las rodillas en el palacio y tu alma se regocijara al contemplarlo”. Luego de haber sido mejorado en su aspecto físico por Atenea, Laertes llega incluso a vestir armadura, junto a Odiseo, Telémaco y los seis hijos de Dolio. El anciano y este último “aunque ya estaban canosos”, tomaron las armas, “pues la necesidad los obligó a ser guerreros” (XXIV,351-355 y 499) (Por única vez, se llama aquí a Laertes “pastor de hombres”). Pero, aparte de este recuerdo de otra época y de la preparación para un combate que finalmente no se produjo, la imagen de Laertes que nos deja Homero es la del hombre de campo, el hombre de los árboles y de los animales.

¹⁴ Cit. por C. Bocchetti, op. cit., p. 96.

¹⁵ *Odisea K*, I, 938-961 y II, 507-510.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

Antes de presentar las dos bellas escenas del sueño y de la muerte de Laertes, sigamos su parca presencia en el oceánico poema kazantzakiano.

A propósito de las difíciles relaciones con Telémaco, que muestra una actitud crítica y agresiva, Ulises recuerda que él también llegó a faltarle el respeto a su padre y hasta a tratar de agredirlo:

[...] De repente recordó
cuando él un joven imberbe también era, y levantó su mano armada,
en el ardor de su ruda juventud, a su pacífico padre.
Cazando, cruzaban presurosos una oscura hondonada,
y hete aquí que un jabalí bravío aparece en una zanja
escarbando la tierra con sus colmillos enormes y rugiendo.
Y cuando al foso se precipitaron sin aliento y avanzaba
/el joven con la pica,
en los pies de Laertes tropezó y cayó rodando por el suelo.
Se yergue al punto, echando espuma, y en el ardor de la cólera,
la sangre le subió, salpicando su espíritu irritado,
y aullando se lanzó sobre su padre, pero llegaron por medio
sus lebreles y los separaron¹⁶.

El encuentro de Odiseo con Laertes está en las antípodas de la ternura y el amor que impregnan la escena del reconocimiento en Homero. Ocho versos nos muestran a un hijo despiadado y a un pobre anciano, solo, enfermo, sucio, abandonado. Hay una actitud despreciativa y casi agresiva de parte de Ulises hacia la miseria de su padre; y ni una palabra. Laertes, en cambio, llora al ver a su hijo.

En un rincón, desnudo, sobre unas pieles de cordero,
su viejo padre se arrastraba. Alzó la calva cabeza, miró al hijo;
hirió sus ojos vacíos el resplandor de la lámpara
y le corrieron las lágrimas, brillando como pupilas de murciélago;
mas el hijo, con mirada fija despiadada, largo rato inclinado contemplaba
ese cuerpo flácido que una noche, en plena juventud,
cogió en sus brazos a su virgen pareja y engendrólo.
¡Y ahora, dónde lo halla, en el suelo, suciedad, vergüenza.
Gruñe y salta por el umbral y sale al patio¹⁷.

Cuán patéticas son aquí las lágrimas del silencioso anciano, cuán distintas de aquellas que por una tristeza diferente conocemos en Homero.

Luego de dominada la sublevación que han encabezado los inválidos de Troya y las viudas de los que allá cayeron, Odiseo invita al pueblo a un gran festín.

¹⁶ *Ibídem*, I, 262-273.

¹⁷ *Ibídem*, I, 570-578.

Debe estar presente la familia real. Preside el rey, que parece más alto, fuerte y altivo; a su lado está el hijo, en plena juventud. Al padre deben traerlo:

Dos siervos levantan y cargan con cuidado sumo
como carne corrupta que ya hiede el cuerpo del abuelo;
ya se velaron sus ojos, sus oídos; su mente se hacía limo;
y sólo miraba hacia la tierra, diríase quería abrirla entera.
Calofríos siente Odiseo; baja los párpados al suelo,
maldiciendo el destino de los hombres;
y cómo se introdujo entre el padre y el hijo ese cuerpo mísero¹⁸.

La calidad de campesino de Laertes es mencionada por el aedo que acunaba con su lira a Odiseo, cuando era niño, y que ahora canta para la concurrencia. En su canto recuerda al abuelo de Ulises (no sabemos si a Autólico o a Arcesio). Él quería hacer de su nieto un guerrero, navegante, pirata. Un día, mientras cantor y abuelo bebían, éste tomó al nieto envuelto en sus mantillas:

Te alzó en lo alto hacia la luz, como brasa encendida:
“¡Tu padre, el labrador, labriego desea hacerte;
te acuna por sus huertos y te desliza en los surcos;
yo, en cambio, en las olas te sumerjo, para que te hagas pirata!
Bueyes de arcilla y arados te regala tu padre;
Y yo te doy ejército de bronce y daga de dos filos.
[...] ¡Arriba, nieto mío, crece veloz y resucítame!”¹⁹

La rapsodia II se inicia con el narración que hace Ulises de sus penurias y peripecias:

“A la noche siguiente, junto al fuego, así que se cerraron
las puertas de bronce y animales y siervos en el palacio se durmieron,
con voz suave comenzó Odiseo a relatar sus sufrimientos”.

La narración la escuchan la esposa, el padre y el hijo, y viene a corresponder a la que, en síntesis, hace Odiseo a Penélope al término de su primera noche juntos, en la *Odisea* homérica. Sólo que el carácter del relato es muy distinto. Terminará para el relator con la idea de que a las formas que tomó la muerte durante su larga peregrinación – las tentaciones de lo animal, lo divino y lo buenamente humano: Circe, Calipso, Nausícaa -, se agrega ahora la de recluirse en el hogar, antes tan anhelado y ahora tan oprimente.

¹⁸ *Ibidem*, I, 170-1077.

¹⁹ *Ibidem*, I, 1220-1227.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

Esposa e hijo escuchan tensos y sus sentimientos de asombro, temor y hostilidad irán en aumento al avanzar la narración. El pobre padre, está ajeno al discurso de su hijo. Es presentado aquí sólo con cuatro versos:

Sobre una piel, encogido, se arrastraba en un rincón el padre:
el mentón hundido en las rodillas, los pálidos brazos cruzados,
como el infante que espera se abra el vientre de la madre,
como el cadáver que retorna a la tierra, esa matriz inmensa.

Durante el relato, al contar cómo casi dejó de ser hombre en los brazos de la diosa Calipso, recuerda Odiseo que casi como en un sueño los sufrimientos humanos se suavizaron y patria y familia comenzaron a borrarse. En este pasaje se nombra por sus parentescos a los tres componentes de la familia:

En su interior se suavizaron y aliviaron los sufrimientos del hombre,
se sumergió la tierra patria fulgurando en los abismos del olvido,
y cual un juego luz y nube se agitaban en el viento;
se unían, se separaban, se borraban el hijo, el padre, la mujer [...].
Sin dolor, sin sonrisa, enmudecido, pisaba los roqueríos
y ya mi cuerpo vacío, transparente, sobre la tierra sombra no arrojaba²⁰.

Al final del relato, otra vez se mencionan los parientes. Pero ahora, después de contar cómo venció las tentaciones que lo habrían alejado para siempre de su tierra y su familia, ésta le parece otro rostro de la muerte. Y lo dominan sentimientos despectivos para con su esposa y su hijo:

Sella sus labios amargos y no pronuncia ya palabra.
Contemplaba el fuego que se sumía, la llama que se marchitó,
cómo se espolvoreaba y se extendía en el rescoldo la ceniza.
Vuélvese y mira a su mujer, divisa al hijo y al padre,
y estremeciéndose de súbito, suspiró y tocó sus labios con la mano:
ahora comprendía: también era la patria rostro de la muerte.
[...] Estrecho como aprisco de pastor parecióle el palacio paterno,
una ama de casa ya marchita también esa mujercilla,
y el hijo, como anciano octogenario, todo lo pesa con cuidado²¹.

A la mirada a los tres parientes, sólo sigue la observación sobre la mujer y el vástago. Sobre el padre no hay un juicio.

Veamos cuál es la actitud de los que han escuchado el relato. Al callar Odiseo, “entristecido”, Penélope deja caer el huso y llora, impresionada por las

²⁰ *Ibidem*, II, 128-131, 133-134.

²¹ *Ibidem*, II, 429-234 y 437-439.

temeridades e infidelidades de su esposo. Telémaco mira con horror la figura de su padre, que “pisotea los límites” y “destruye el sagrado orden que sostiene al mundo”. Laertes, en cambio, no reacciona, condenando o criticando a su hijo. Parece haber dormido un tanto durante la relación y acaso ésta le inspire lo que ahora está soñando:

Y sumido en su sueño, el abuelo decrepito soñaba:
Tenía no tenía veinte años y aparejaba un bajel
con triples parejas de remeros para partir a raptar a una esposa.
Pero en la entrada del puerto estaba posado un cangrejo
y extendía un junco verde, flexible como un arco,
y al novio impedía partir y al navío navegar.

Pero antes del relato de Ulises, Laertes había realizado el primero de los dos movimientos que le vemos hacer en el poema. Había salido al huerto del palacio para acostarse en la tierra.

Con su caminar ya vacilante, el anciano sale al jardín y se recuesta sobre la tierra, a la que le habla con emocionada gratitud. Siente que luego va a caer a su fresco costado, a acostarse con ella, llamándola “tierra, dulce mujer mía”. Su última petición es que él pueda renovarse en sus bisnietos. No quiere que su retoño se asemeje al hijo infiel que negó a la tierra. Quiere que su retoño sea “gusano de la tierra y labrador del campo” y que siempre esté rodeado de hierba, tierra y lluvia. Cual dulce zumbido de abejas, lejano, que se aleja y se apaga, le pareció su vida. Y así, abrazado a la tierra, lo envuelve el sueño, como una muerte leve y suave.

En este pasaje de 49 versos, se nos presentan 13 comparaciones, de las cuales 8 están referidas a objetos o seres de la naturaleza, elementos del medio y la vida del campo: el escarabajo, la luciérnaga, el abejorro, el zumbido de las abejas, el rumor del agua, las cañas secas, el árbol, el nenúfar. En las restantes 5, los segundos términos son: el llanto de infante, un humilde obrero, un gran combatiente, un esposo y la muerte.

Tres de las 13 comparaciones son extensas y de estructura tradicional, con sus dos términos encabezados por la partícula “san”, “como”:

Como un escarabajo, viejo guerrero con las alas destrozadas
que ha trabajado, comido y procreado y se marcha y se hunde
/en un agujero,
así se arrastró el viejo abuelo y se adentró de a poco en el polvo.

Igual que un gran combatiente que va a descender al Hades
y se ciñe la espada y su lanza empuña
y pinta sus viejas heridas y baja deslizándose,
de modo semejante he de tomar mi hoz, mi pala, mi aguijada,
un cántaro de agua y mis mudos hermanos los bueyes.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

Todas las comparaciones de este pasaje son hermosas; pero especialmente podríamos destacar las de la vida y del sueño. Al anciano le pareció su vida “cual dulce zumbido de abejas, lejano, en el campo florecido, que se aleja más y más, y se apaga y se pierde”. El sueño, ese dios, viene “como una muerte leve, tersa y suave”. Hay, además, bellas imágenes en este pasaje. La tierra es mujer, señora, señora-hacedora-del-pan, señora-dadora-del-pan; los bueyes son mudos hermanos de Laertes.

El viejo amo Laertes atravesó pegado al suelo
/el umbral sanguinolento,
y lento se arrastró hasta un hoyo soleado, protegido del viento.
En silencio se tiende y une pies y lomos y caderas
con la cálida tierra y con el verde trébol florecido.
Como un escarabajo, viejo guerrero, con las alas destrozadas,
que ha trabajado, comido y procreado y se marcha
/y se hunde en un agujero,
así se arrastró el viejo abuelo y se adentró de a poco en el polvo.
Huele la tierra y sonríe, acaricia la yerba;
bosteza, se estira, suspira sordamente;
suben tupidas hormigas a sus canillas secas,
pero no siente el viejo las mordeduras y acepta como un árbol
a los insectos que sobre él caminan, picoteándolo.
Sólo un anhelo oscuro y oculto lo fustiga,
como rumor del agua, como llanto de infante, como las cañas secas
que murmuran y conversan con el río cuando sopla la brisa.
Una súplica y plegaria musitó dentro de sí;
contemplaba la tierra, sus labios se agitaban y su palabra ascendía
en su alma embargada cual nenúfar en una alberca tibia:
“Tierra mujer, como un humilde obrero fiel te trabajé;
yo, el rey, y mis mudos hermanos los bueyes.
Cual luciérnaga, señora, me arrastraba entre tus yerbas al anochecer,
y tu polvo húmedo gozaba en mi vientre luminoso.
Pasaba sobre ti, Señora-hacedora-del-pan, y lanzaba la simiente,
y en silencio tú la recibías en tu entraña, e inclinados,
y quedamente y con paciencia, las primeras
/lluvias esperábamos los dos.
Terminé mi labor sobre la tierra y quiero mi salario:
concede que mi carne se renueve, para tener bisnietos.
Igual que el gran combatiente que va a descender al Hades²²
y se ciñe la espada y su lanza empuña

²² En la poesía y mitología populares neogriegas, el Hades es el mundo de los muertos. El nombre del dios antiguo de la muerte pasó a ser la denominación de su morada, de su sombrío territorio subterráneo.

y pinta sus viejas heridas y baja deslizándose,
de modo semejante he de tomar mi hoz, mi pala, la aguijada,
un cántaro de agua y mis mudos hermanos los bueyes,
y como un esposo bajaré furtivamente hasta tu casa en el crepúsculo,
y se ha de extender el césped suave a modo de alfombra

/en nuestro lecho,

para caer a tu fresco costado, oh tierra, oh dulce mujer mía;
concede que mi carne se renueve, para tener bisnietos.
No quiero que se asemeje al hijo infiel, que te negó;
quiero que sea gusano de la tierra y labrador del campo,
y siempre yerba y tierra y lluvia su espíritu rodeen.
Señora-dadora-del-pan, ya me he cansado; tiempo que retorne a ti,
mas no me arrojes a la seca fuente del olvido, a la arena de la negación;
concede que mi carne se renueve, para tener bisnietos”.
Se sumieron las sienas del anciano; sus párpados se cierran;
cual dulce zumbido de abejas, lejano, en el campo florecido,
que se aleja más y más, y se apaga y se pierde, le pareció su vida;
y él de espaldas, cual un abejorro sin aguijón, está muriendo.
Sonríe; tiende las manos a las hierbas fragantes;
reclina en la tierra la cabeza y llama al sueño,
y vino el dios, como una muerte leve, tersa y suave, y lo cogió²³.

Con la imagen de Caronte²⁴ como ingenioso podador del árbol de los vivientes, que deja unas ramas y corta otras, nos introducimos al extenso pasaje de la muerte del padre de Odiseo.

A la hora en que “el brumoso amanecer como infante en la cuna solloza”, el anciano ha salido al patio a reunirse una última vez con sus árboles y sus animales. La anciana nodriza con quien se cruza²⁵ adivina que la sombra de la muerte está alcanzando a su amo y que éste tiene prisa en llegar al jardín “para rendir el alma en las santas raíces de los árboles”. Lo abriga, lo ayuda a llegar al huerto y le da un poco de vino añejo para reanimarlo. Apoyado en la oquedad del añoso olivo de la entrada, “distingue ahora su jardín amado” y tiende las manos a sus árboles para despedirse.

²³ *Ibidem*, I, 919-968.

²⁴ Sobre Caronte en la poesía y mitología populares neogriegas, véase el ensayo “La muerte y Caronte y sus metamorfosis en la *Odisea*”.

²⁵ Esta nodriza no puede identificarse con la Euriclea homérica comprada también por Laertes, como se ve al comparar la referencia que se hace a ella aquí, en la nueva *Odisea*. En el poema homérico, ésta es su presentación: “Euriclea, hija de Ops Pisenórida, la de castos pensamientos; a la cual había comprado Laertes con sus bienes en otro tiempo, apenas llegada a la pubertad, por el precio de veinte bueyes; y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó con ella”. *Odisea H*, I, 428-433. Pero sí, posiblemente, puede identificarse con la esclava a que se refiere Atenea, sin nombrarla, cuando, en figura de Mentos, rey de los tafios, habla con Telémaco, I, 188.193.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

Por segunda y última vez en el poema, escuchamos las palabras del anciano, débiles y breves:

“Dulce manzano con tus manzanas y tú, mi parra moscatel,
y mi higuera, amor de miel, y mi puro almendral,
os digo adiós; bajo a la tierra; madres-raíces, devoradme;
fui yo también un fruto de la tierra y me deshago, una hoja seca y caigo”²⁶.

Vienen sus animales compañeros: sus perros, dos borreguillos, un cachorro de ciervo, un gran cuervo que él crió. Las alondras, los gorriones y las cigüeñas vuelan bajo en torno del abuelo y le hablan, llamándolo a trabajar de nuevo la tierra, para que ellos coman. Mientras, “blandamente comenzaba a lloviznar sobre los árboles floridos; / se velaron las flores, la tierra esparció su aroma, se balanceó un cuclillo / en la copa del olivo y sacudió sus alas empapadas”. Oliendo la tierra mojada, el anciano cree por un momento estar guiando los bueyes y el arado y hace ademán de echar semilla. La aya le pone un poco de trigo en el regazo. Él trata de ir lanzándolo, pero cae “y en la empapada tierra se sumió su cabeza como un grano de trigo”.

Así, en esta página de Kazantzakis, en un brumoso amanecer, muere el viejo personaje de Homero, aquél que le enseñó al niño Odiseo los nombres de las plantas y que le regaló los árboles cuyo recuerdo permitió el reconocimiento después de veinte años.

Caronte es ingenioso podador y va recortando el árbol,
qué rama está ya mustia y cuál hará fructificar las flores.
De amanecida ya el abuelo, despierto antes de tiempo,
por el patio interior se va arrastrando y se cruzó con la anciana nodriza.
Allá en su juventud, durmió un noche con ella dulcemente
y por toda su vida la abandona a tejer en el sótano;
y ahora que quedó solo como un conejo en la heredad,
volvióla a tomar para que cuide su aciaga senectud.
A esta anciana es a la que toca hoy al alba con el pie.
Y la mujer, espantada, abre los ojos y en la niebla azulada
la calva cabeza del anciano ve lucir;
divisa también dos alas negras caer encima de él.
“¡Al pobre viejo lo alcanza la sombra de la muerte, y muerte huele!”
se dice en secreto la anciana, pero no habla; se echa
/la mantilla a la cabeza;
enciende rápido fuego y hierva menta perfumada
para que beba el viejecillo, que tiritita, y se afirme así su corazón;
pero él en silencio mira la puerta, temblando de tardarse.

²⁶ *Odisea* K, 507-510.

Y la anciana adivina que en llegar al jardín se apresura,
para rendir el alma en las santas raíces de los árboles;
le echa encima un manto tibio, lo estrecha con sus y lo lleva;
atravesan el atrio; el cerrojo trémulos descorren
y toman los dos vacilantes la subida del solar.
Pende el tiempo nublado en el alba-llorosa;
perfuma la tierra y las hojas del olivo destilan rocío;
y el brumoso amanecer como infante en la cuna solloza.
Un gran cuervo a siniestra pasó silbando con sus alas,
y alzó la mujer la cabeza, maldiciendo la carroña,
pero tras él aparecieron otros y alegres graznaban en coro;
jugaban y se refocilaban en sus cópulas, en la escasa luz,
y ni cadáver de viejo olisqueaban ni escuchaban a la pobre anciana.
Clareaba ya cuando llegaron al vallado del huerto;
ya despertaban y comenzaban el trabajo los escasos esclavos,
y en la húmeda brisa cantan los gallos, el cuello bien erguido.
Cae el anciano y la mujer lo apoya entonces en la oquedad
del olivo ancestral que custodia la entrada, y un cuenco le da a beber
de vino añejo para que cobren fuerza sus rodillas.
A dos manos sostiene el viejecillo el licor de vida que rebalsa,
y bebe el pobre trago a trago para vigorizar su corazón.
Volvió a entibiarse su ser en sus raíces, tornó la transparencia
/ a sus pupilas
y arrojó el entendimiento un postrer destello a la cabeza ya en tiniebla.
Ahora distingue su jardín amado; gozosas tiende las manos
y de todos sus árboles despídese en voz baja, sus nombres:
“¡Dulce manzano con tus manzanas y tú, mi parra moscatel,
y mi higuera, amor de miel, y mi puro almendral,
os digo adiós; bajo a la tierra; madres-raíces, devoradme;
fui yo también un fruto de la tierra y me deshago,
/una hoja seca y caigo!
Agitando los rabos corrieron hacia él sus dos perros
/ blancos, anhelantes
se precipitan sobre él y gruñen, serenándose.
Les cuelga el anciano sus manos en las delgadas costillas
y goza el perfume de la tierra y el calor de los canes.
Con un leve velo de niebla lucen los árboles
/ enteramente florecidos
y se lanzan sobre ellos las abejas y los ramos se mecen;
dos borreguillas que crió el abuelo balando se acercaron
y buscan lamer las queridas manos conocidas.
El cachorro de ciervo irguió con suavidad su avisada cabeza,
reconoció al anciano al punto y sus dos grandes ojos centellearon

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

y quedamente, cual un príncipe, camina a saludarlo;
y el viejo, como tronco añoso, todos los animales a su sombra recibía.
A su lado permanecía muda la mujer y las lágrimas le corrían,
bien sabía que el espíritu es una lámpara que da luz y se extingue:
el anciano patrón por vez postrera del mundo despedíase.

Un gran cuervo, ya viejo, criado por el abuelo,
Salta también él gozoso y se posa en su hombro derecho;
se estremeció el anciano al sentir el rudo pico en sus oídos;
cierra los ojos y un copioso sudor le brota entonces.
Lanza la nodriza un grito ronco, se juntan los criados
y los vaqueros que salían conduciendo el ganado a los pastíos,
y acudieron también los zagalejos con sus bastones arqueados.
Rodean al amo los domésticos; piadosamente sostienen

/ sus rodillas secas

y sus húmedas manos a fin de que no parta;
mas él, con el cuello apoyado en el viejo olivo, se agitó ya sin mirada;
lejos de los vivientes, sus ojos empañados ya se detenían
en el umbral del Hades, y giraba pálido su rostro
y se despedía sin habla, sin dolor, del mundo de la tierra.
Se arrodilló la nodriza, lamentándose, al lado del moribundo:
“Mandad, señor, si envió un esclavo a dar aviso a tu hijo”.
Pero el anciano oyó, giró los ojos y se trabó su lengua
y con los dedos translúcidos toma a la nodriza para que no se mueva.
Blandamente comenzaba a lloviznar sobre los árboles floridos;
se velaron las flores, la tierra esparció su aroma, se balanceó un cuclillo
en la copa del olivo y sacudió sus alas empapadas.
Dobló el abuelo la cabeza; olió la tierra mojada.
Igual que un terrón del campo cuando ha llovido,

/ su entendimiento se deshizo

y en su mente comenzaron a girar lentamente los bueyes;
tiene cogida con fuerza la reja del arado; se hunden sus pies en los surcos.
Alondras, gorriones y cigüeñas vuelan bajo clamando:
“Vuelve a romper la tierra, abuelo, y vuelve a ararla para que comamos”.
Y él escuchaba a los pájaros, a los animales agujijaba y sus entrañas
como la gleba se abrían y las aves entraban y salían, picoteando.
Tales alegrías y recuerdos ascendían en el alma de Laertes
y lentamente, con palabras confusas, mueve hacia atrás las manos,
extendiéndolas al viento como el sembrador que siembra.
Y el aya, adivinando el deseo secreto del viejo labrador,
llena de prisa el velo con unos granos de trigo
y los vacía en el regazo del abuelo, ya extraviada su mente.
Y al sentir él la sagrada semilla en sus trémulas manos,
se reanima y sonrío mudamente y algo se reincorpora.

Seguía lloviznando, la tierra se ablandaba y de las cárcavas vecinas,
donde el estiércol se sumía, brotó olor de labrantío.
Vacila el viejo y se tambalea y cuando alza la mano
para echar la simiente a la tierra, tropieza y cae;
se arrastra sobre el vientre suavemente, rodilla sobre rodilla,
y arroja el trigo, abriendo los brazos como si bendijera:
cayó de bruces, se levantó de nuevo, agarrado a la tierra,
y cuando alzó la cara, estaban sus barbas llenas de barro espeso.
Picoteando el suelo alegremente, lo rodeaban los gorriones,
y a la espalda del amo saltaba el viejo cuervo,
e iban delante los perros blancos en medio de la llovizna tenue.
De repente, se colgó a medio cielo el arco iris y fulguró todo dulzura
y hundió sus pies entre la hierba;
se unieron con un puente cielo y tierra y se detuvo la llovizna.
Pero el anciano, embelesado en la semilla, no contemplaba ya el cielo;
trataba de arrojar el último puñado, mas resbaló de boca,
y en la empapada tierra se sumió su cabeza como un grano de trigo.
(II, 465-578)

A pesar de la relación fría y hasta un tanto hostil de Odiseo con su padre, la muerte de éste lo conmueve. Se rompe así una de sus ataduras con la tierra patria. Cumple los deberes finales para con “su pobre padre”. Sacrifica bueyes en su sepulcro para que ayuden al anciano “a cultivar las sombras” en el Hades; le deja al lado sus herramientas de labrador y un cántaro de agua y un pan tibio de trigo. Observa los demás ritos, cubriendo con una lámina de oro “el rostro santificado” y planta un retoño de olivo.

Cuando supo el-de-mente-profunda que ha muerto el padre,
sintió sus entrañas de golpe desprenderse y caer a la tierra.
descompuso de improviso y se despedazó en una tumba recién abierta
un gran trozo de su cuerpo famoso, forjado-en-bronce.
Y aún tibio, sosteniéndolo en el pecho, subió a su pobre padre
al sepulcro ancestral, lleno de telarañas.
Sacrifica en la sepultura algunos de sus bueyes para que bajen al Hades,
para que cultive las sombras el anciano, para que siembre y coseche,
con las muertas cañas de las manos, el grano de la tierra subterránea.
Junto a la larga aguijada, apoyó una pala y una hoz
y un cántaro de bronce lleno de agua y un pan tibio de trigo.
Cubre, por último, con lámina de oro el rostro santificado
del progenitor, marca sus ojillos, sus pestañas,
sus agudas cejas, los bigotes, la boca y la barbilla.
Tres veces gritó, inclinado, el nombre de su padre en el sepulcro;
pero no volvió el eco de la tierra. Se perdió, y entonces Odiseo,

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

esparciendo el polvo puro, él solo en el sepulcro,
plantó un retoño de olivo para que sorba al progenitor
y que un día vayan los bisnietos a jugar a su sombra.
Se descompone en el suelo con alegría el fruto, pues arrojó la semilla.

Luego de haber cumplido con los ritos de la sepultación de su progenitor, Odiseo decide concretar su idea de casar a Telémaco con Nausícaa. Elige tres enviados, tres “casamenteros”, y los instruye para que lleven la propuesta al rey de la isla de los feacios y transporten los bienes de la dote. Al despedir al navío con los mensajeros, siente Ulises que otro lazo con Itaca se corta. El pensamiento de su padre muerto y del hijo que comenzará ahora una vida, lo hace reflexionar sobre la fugacidad de la vida. Como a Laertes al morir, también a Odiseo la existencia le parece sólo un instante, lo que dura un relámpago:

Y mientras, erguido en la ribera, observaba el varón-de-aliento-de-fiera
alejarse el navío; y enseguida el buen noto hinchó las velas encarnadas.
Veía el cuerpo virgen de su hijo correr delante por novia
y atrás sentía deshacerse los restos de su padre.
Y él estaba en el medio, novio y muerto, y temblaba,
y le pareció la vida sólo un breve relámpago²⁷.

Una que el barco se ha alejado, deja la ribera Ulises y debe pasar frente a un grupo de viejos marinos, a los que enrostra el haberse tranquilizado y aceptado las limitaciones de la vejez. Entre esos ancianos está un antiguo aedo que alguna vez animó festines y banquetes. Odiseo recuerda que Laertes una vez premió a ese cantor con una cigarra de oro. Por eso, aparece aquí fugazmente la figura del padre:

Bien distingo desigual tu faz de los afeites;
tú eres mi gran cantador que una cálida tarde
cantaste en los festines de la alegría y se levantó mi viejo padre
y clavó en tu pecho elocuente una cigarra de-alas-de-oro.
¡Ahora ha muerto el divino insecto y sólo queda el bagazo!²⁸

Cuando ya Itaca ha quedado atrás para siempre y Odiseo y sus nuevos compañeros caminan por Lacedemonia en demanda de la ciudad de Esparta, aquél saca un cristal maravilloso que le había regalado Calipso y, que cual ojo omnividente, mostraba el pasado y el futuro y el mundo entero. Ahora,

contemplaba a su patria, al hijo, al padre, a la mujer
y a sus bienes desvanecerse allá en las baldosas de su patio

²⁷ *Ibidem* II, 619-624.

²⁸ *Ibidem*, II, 685-689.

y no admitía – cual deidad – que su alma se conturbara.

En el corazón de África, mientras departe con los compañeros que salieron con él de Itaca, Odiseo recuerda que no dejó su isla patria sin dolor; reconoce que sufrió al separarse de los suyos; e incluye entre ellos al padre, entonces recién muerto:

Los ojos negros del conductor-de-almas brillaron apacibles;
tomó la copa y la colmó, bebe por última vez:
“En una isla, en los confines de la tierra, despedí una noche,
- no era un sueño, lo sé – por vez postrera a mi hijo;
recuerdo que sufrí, pues muy difícil es en esta tierra,
donde los cuerpos se abrazan y se quieren uno al otro,
separarse para siempre de mujer, hijo, padre y hacienda”²⁹.

Mientras vive su ascesis en una montaña, antes de construir la ciudad ideal, Odiseo recuerda un episodio de su niñez, cuando a los dos años de edad, quiso pedir al mar que lo hicieran un dios como él. Se deslizó desde los brazos de Laertes para lanzarse a la playa e imprecicar a la mar:

Tenía no tenía aún dos años [...]
¡Ah, cómo reía la mar desnuda y cómo olía el alquitrán
y las cuerdas y frutos descompuestos y la sal,
y cómo se abrían y cómo rechinaban los goznes de su tierno cerebro,
que veía por vez primera el mar y los altos bajeles!
Se deslizó de los brazos de su padre y se lanzó a la playa³⁰

Mucho más tarde – imposible calcular el tiempo en el oceánico fluir de la *Odisea* -, en la rapsodia XIV, en la que Odiseo vive toda la *Ascética* en una montaña africana, el peregrino, durante un sueño baja al Hades, ofreciendo su sangre a los muertos. Se apilan los difuntos que sólo anhelan revivir y volver a la tierra, comer pan, beber agua y rozar un cuerpo de mujer. Odiseo los rechaza, pues debe ver a otras almas. Aparece también la sombra de su padre, pero igualmente no es aceptado con palabras cortantes.

Su padre apareció y extendióle sus trémulos brazos,
pero con el talón aparta el hijo a su progenitor:
“Padre, tu viña en la tierra bien la cultivaste;
¡comiste, bebiste y engendraste un hijo mejor que tú; y basta!”³¹

²⁹ *Ibídem*, XIII, 1275-1281.

³⁰ *Ibídem*, XIV, 201-206.

³¹ *Ibídem*, XIV, 536-539.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

Otra mención del padre hallamos en esta rapsodia, a propósito de la inquietud de la pequeña leopardesa que acompaña a Ulises en su ascesis. El animalito lo mira con tristeza, pues anhela tener un compañero:

El conocedor-de-entrañas sonrió, adivina su pena;
recordó su temprana juventud, cómo miraba a su padre
cuando a lo lejos sentía una sonrisa fresca de muchacha.³²

En pleno corazón del África, al contemplar una añosa encina, que “como gran abuela de-múltiples-ramas”, a la entrada de una gruta-tumba, Ulises recuerda uno de los árboles de su padre Laertes y rememora su visita al jardín de los muertos de la familia, cuando retornó a Itaca:

Calla el arquero, se acordó de la encina de su padre;
¡Ah, cómo bailaba alguna vez en los sepulcros sagrados
y llevaba ánforas de bronce con la sangre y regaba las sombras”.³³

En la rapsodia XXII, hallamos el único encuentro de Odiseo con su madre, muerta, como sabemos por la *Odisea* homérica, de dolor por la ausencia de su hijo. A tal encuentro, dentro de un sueño, en medio de la peregrinación de Ulises por las profundidades del África, dedicaremos enseguida unas palabras. Ahora recordamos este pasaje por cuanto se menciona en él otra vez a Laertes, aunque no con su nombre y sólo a propósito del lugar donde se desarrolla lo soñado por Odiseo:

Y esa noche con ella soñó – como si estuviera allá -,
en el palacio venerando de su padre, y arriba fulguraban las estrellas,
y su madre, pálida como cera, agonizaba en el lecho.³⁴

En la última etapa de su travesía hacia los hielos polares, ya anciano y muy debilitado, Odiseo sueña con su padre y tiene un momento de emocionada ternura. Por primera vez siente dolor, porque nunca dijo a Laertes una palabra dulce; su corazón se triza. Y ahora, en los confines del mundo terreno, el rudo y a veces feroz lobo de mar llora. En su barca se ha instalado Caronte, anciano también y enteramente semejante a él. Odiseo va quedándose dormido mientras mira al personaje que le hace compañía:

Enfrente, el anciano Caronte lo contemplaba con anhelo mudo,
como un hermano al hermano menor que volvió de otras tierras;

³² *Ibídem*, XIV, 711-713.

³³ *Ibídem*, XIX, 384-386.

³⁴ *Ibídem*, XXII, 611-613.

y le sonrió el-de-siete-almas y se sumió en el sueño
Allá lejos, comienza una lluvia torrencial y coge en sus redes la planicie;
los granos sembrados se dilatan y se llenan de una leche gruesa,
y los muertos que yacen desnudos en el suelo comienzan a hincharse.
En el sueño, son las piedras cristalinas y la tierra es transparente,
y el-de-los-mil-sufrimientos se inclina y dobla y contempla a los difuntos;
mira a su padre que yace tendido y su corazón se triza:
nunca en vida de su viejo le dijo una palabra dulce,
y ahora, en los confines de este mundo, en su dormir, lo recuerda y llora³⁵.

Hay un recuerdo del padre, cuando Odiseo, muy cerca ya de su muerte, mientras navega en su barca-ataúd por las heladas aguas antárticas. En un momento se desatan los recuerdos, que llegarán hasta “miles de años” antes de que existiera el ahora asceta moribundo. Los recuerdos “cual cascadas corren en la soledad”. El arquero “goza la multitud de cabezas, albas-como-nieve, negrísimas, que destellan en hileras” de sus ascendientes. Entrevé a su abuelo y a su padre y a sí mismo cuando era joven:

Un anciano, blanco-con-los-años, deshuesado, estaba de pie al sol,
y un hombre maduro que escala fortalezas, abraza a unas mujeres
o solo, muy erguido en una cáscara, el piélagos rapiña;
más allá, en unas eras, arroja un joven el tejo de piedra,
y es su mente un capullo de rosa, con pétalos silvestres virginales
que aún no se han henchido y guarda las famosas travesías
y todo el lejano futuro...³⁶

Se “recuerda” a sí mismo antes de ser concebido, como una “fiebre” en los cuerpos de sus futuros padres y “dentro de los riñones” del que será su padre:

Pero ya no distingue el-de-mil-padecimientos sus huellas en la luz;
labora en los cuerpos de sus padres como la fiebre oculta;
dentro de los riñones del padre cruza a menudo el umbral de la novia...³⁷

Más adelante en su helado navegar, cuando divisa la montaña de hielo que será su último navío, Odiseo vuelve a recordar brevemente a su progenitor:

¡Ay noche, fulgurante pedernal en el tálamo nupcial
donde mi ardiente genitor se unió por vez primera a la madre virgen!
Oh gota capturadora-de-almas, llena de luz y lodo,

³⁵ *Ibíd.*, XXIII, 501-511.

³⁶ *Ibíd.*, XXIII, 194-200.

³⁷ *Ibíd.*, XXIII, 208-210.

Miguel Castillo D., *La Odisea en la Odisea: ¿cómo murió Laertes?*

en cuyo ser saltaba yo invisible, alma, cuerpo y arco,
¡y cual arco fugaz me abalanzaba hacia la negra tierra!³⁸

Luego recuerda ampliamente a su madre y sus primeros años de niño y en un momento se ve a sí mismo en el jardín paterno, con sus yerbas, su parras y sus higueras:

El arquero recuerda el suave cuerpo rosado
que jugaba en el jardín del padre, que se escondía entre la menta,
y las crespas albahacas le llegaban al hombro;
un día su abuelo le dio miel en una hoja de parra
y todo, cerebro y cabeza tierna, se volvieron un panal;
si gustaba una uva, cual sarmiento se llenaba su mente de la fruta-de-vid;
y si higo, en higueras se trocaban de raíz, y agua y fuente fresca;
¡cómo imprimía el pensamiento – cera delicada – los rostros del mundo!³⁹

Laertes, al igual que Penélope y Telémaco, es olvidado cuando Ulises, sobre la montaña de hielo que lo lleva a su fin en los mares antárticos, llama a todos sus seres amados, vivos y muertos. De los personajes antiguos, sólo oirá el llamado Helena, que está agonizando. De los seres de Itaca, solamente el perro Argos lo escuchará desde su tumba.

Referencias Bibliográficas

- Bocchetti, C. (2006). *El Espejo de las Musas. El arte de la ecfrasis en la Ilíada y la Odisea*, Santiago: Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos Universidad de Chile.
- Castillo-Didier, M. (1975). “El tiempo, la muerte y la palabra en la Odisea de Kazantzakis”, *Byzantion Nea Hellás* 3-4. Santiago: Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos Universidad de Chile, 217-337.
- Castillo-Didier, M. (2006). “Caronte: supervivencia y metamorfosis”, en Castillo Didier, M. (2006). *La Odisea en la Odisea Ensayos y estudios sobre la Odisea de Kazantzakis*. Santiago: Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos Universidad de Chile, 201-220.
- De Romilly, J. (1997). “O Hómiros ke i proforikí piísi. I yénisi mias logotejnías”, 17-42, en De Romilly, J. (1997). *Sinandisis me tin Helada*. Atenas: Difros.

³⁸ Ibídem, XXIII, 706-710.

³⁹ Ibídem, XXIII, 750-757.

Frontisi-Ducaux – Vernant, J.-P. (1999). *En el ojo del espejo*, Traducción H. Pons.

Buenos Aires: F. C. E.

Homero (1954). *Obras Completas Odisea*, Traducción L. Segalá Estalella. Buenos Aires, El Ateneo.

Homero (2000). *Odisea*, Traducción J. M. Pabón. Madrid: Gredos.

Kazantzakis, N. (1975). *Odisea*, Traducción, notas, síntesis en prosa, glosario, bibliografía M. Castillo Didier. Barcelona: Planeta.

Reboreda, S. (1996). “Odiseo: el héroe peculiar”, en Bermejo, J. C. – González, F. J.

Reboreda, S. (1996). *Los orígenes de la mitología griega*. Madrid: Ediciones Alkal.

